ECLOGA DIVIDIDA EN XVIII CANTILENAS.

SU AUTOR.

D. JUSTINO MATUte y Gaviria.





Aut prodesse volunt, aut delectare Poetæ;
Aut simul et jucunda, et idonea dicere vitæ.
Orac. Art. Poet.

Con licencia. En Sevilla, en la Imprenta nueva de D. Antonio Carrera.

A EL MUI ILUSTRE SEñOR Don Felipe Sergeant y Salcedo, Primero Marqués de Monte Florido.

SEñOR.

QUando intenté consagrar este corto trabajo á V. S. desde luego advertí lo pequeño de la victima, y mi poco merito para ofrecerla, pero sin embargo me atreví á ello á el registrar las dotes con que el Cielo enriqueció á V. S. y en particular la beneficencia, para que no desprecie esas produciones limitadas de mi entendimiento: porque á la verdad ¿á quien se podrá dirigir con mas motivo, que á uno que aprecia las Bellas Letras como siempre he reconocido en V. S.? Dexo aparte hablár de su talento por no ultrajar la modestia con que está adornado, pero sí diré de su humanidad, que ha sabido juntar el decoro á la llaneza, de tal modo, que apenas podrá conocerlo nadie que

que no diga que V. S. posee este tan apreciable esmalte de la nobleza.

Yo siempre me abstendré de seguir las huellas de aquellos que en las dedicatorias mortificaban á sus Mecenas con ponerle delante los exclarecidos meritos que poseian. Conosco la humildad de V. S. y todo el mundo conoce su noble linaje, y sus christianos procederes. El Titulo de Castilla que V. S. goza es el monumento mas publico, y verdadero de sus meritos. Dios quiera siga V. S. en sus aumentos, y los desfrute por muchos años.

Su mas reverente, y reconocido servidor
Q. S. M. B.
Justino Matute y Gaviria.

ADVERTENCIA.

LAS presentes Cantilenas, que no fueron hechas sino para divertir algunos ratos ociosos, salen ahora á luz à probar fortuna. La materia aunque tratada por muchos Poetas juzgo haberla hecho mia con no sugetarme à vestirla con los mismos ropages con que otros la han adornado. No dudo que tendrá algunos defectos, para poder creer he conseguido tocar el punto del acierto; mas con todo espero merecer el perdon no solo del Pùblico indulgente, pero aun de los Sabios, pues tendràn presente la sentencia de Oracio en su Poetica. *Sunt delicta tamen, quibus ignovisse velimus.* La vil impostura que sufrí quando publiquè la Parafrasis de Jeremias me desalentaba, para publicar esta obrilla, pues pudiera quejarme de la forma que lo hizo Virgilio en semejante caso. *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.* Mas á el fin advertí no debia acobardar ni el maldiciente Zoilo, ni el ambicioso Battylo,

à

á el que solo procura juntar el deleite con el aprovechamiento, para servir á el Publico.

***

*** ***

***

ECLOGA.

CANTILENA. I.

YO quisiera, ó mi Arnalda,
cantarte amores tiernos,
mas vapores de Baco
ocupan mi cerebro.
Aunque yo bien conosco
merece Jove exelso
gozar de tu hermosura,
sin embargo bien creo
tu no querrás á Dioses
sino de carne, y hueso,
y como Dios no soy
que tu me quieres pienso.
¿ Es verdad mi muchacho?
Yo por verdad lo creo,
que si no, no dixera
semejantes denuedos.
Hincheme, pues, la copa
de lo caro, y añejo,
que bebiendo, y bailando

nada de penas siento.

Unas noticias vagas
corren por todo el Pueblo,
y aun en los prados suenan
sin lengua tener ellos.
Dicen, que tu á Batilo
has querido en extremo,
y con el te humanaste
hasta caer á el suelo.
Aquesto es lo que dicen
todos los muchachuelos
por los corros, y plazas;
mas por falso lo tengo,
pues ni te encuentro sangre,
ni cardenales veo
que tengas en la frente
por la caida; pero
dexemos estas cosas,
y vamos à el pellejo,
que es quien me dà la vida
quando malo me siento.
Echa vino muchacho,
llena la copa, y cuero,
que á decir las verdades,
es para lo que bebo.

Tu dirás, que beodo
estoi, mas ten por cierto
que he conocido ahora
que tengo mucho seso.
Si es porque yo te digo,
lo que oigo, y no creo,
imponme con tu gracia
un perpetuo silencio,
y dexa de mirarme
como por sobrecejo;
pues yo te adoro, y siempre
pidiendo estoi à el Cielo
nos conceda su gracia
para nuestro Himeneo.
No lo tengas á burla,
y si quieres saberlo,
el preguntarlo puedes
à el Sacristan del Pueblo.
Echa vino Muchacho:
no te duermas que luego
tu tocaràs la gaita,
yo tocaré el pandero,
y entretanto bebamos,
comamos, y danzemos,
que la presente vida
corre à el compàs del tiempo.

CAN-

CANTILENA II.

QUando la gaita toco
los Zagales, y el perro
juntos en compañia
forman crecido cerco.
La zampoña la tomo,
la toco, y no la templo,
y mi querido Aliso
me acompaña à el pandero.
Todo el Valle se alegra
mientras que acà bebemos
las tazas bien henchidas
del mosto dulce, y bueno.

Las Zagalas descienden
del escarpado otero:
unas guirnaldas traen;
otras pañuelos llenos
de flores olorosas,
que en el campo cogieron;
otras cestillas blancas
que con los juncos tiernos,
y las mondadas varas
por sus manos han hecho.
Y yo que à todas miro,

y à ninguna la veo,
toco el pifano alegre
bebo, danzo, y me huelgo.

Con la bulla que armamos
los pajaros parleros
se alborotan, y buelan
por todo el prado ameno;
en las ramas se paran,
pitan, y con señuelos
engañados se vienen
hasta el Zagál que diestro
con los hilos, y cañas
les pone el moridero.
Los coge, y nos los trae,
y las Zagalas presto
nos los ponen asados
con un buen salmorejo.
Entre tanto yo bailo,
canto, me huelgo, y bebo,
y mi Aliso rehinche
las copas de lo bueno:
bebemos, y quedamos
tendidos en el suelo.

CANTILENA III.

O Aliso! por tu vida
que me declares quiero,
quien motiva la bulla,
que suena en nuestro Pueblo.
Requiere las manadas,
no sea que el festejo
trascienda á nuestro soto,
y nos falte un cordero,
y en vez de su alegria
nos dexe llanto tierno:
sueltale las cadenas
à todos nuestros perros,
y mira si Barsino
ha quebrado el barreño,
y mientras que tu buelves
yo solo me divierto
labrando de este boxe
un sonoro instrumento,
que la campaña alegre,
y en hermoso silencio
divierta à las Zagalas
que andan por los oteros.

Del mundo las delicias

quando mas las advierto,
mucho mas las admiro,
y ni aun mirarlas quiero.
En los Grandes reparo,
y en ellos nada veo
que à mi embidia le mueva
à desearlo, pero
si reparo continuo
que nuestro trato ameno
á muchos les agrada,
y dexando su empleo
à divertir se vienen
con nosotros risueños:
Abrumados se sienten,
y pronto los divierto,
pues les toco mi gaita,
y les canto unos versos,
y ellos embelesados
dan mil gracias al Cielo.

Yo en tomando mi taza
con buen vino la lleno,
y sin pedir licencia
con gozo me la bebo.
Juntemos los estados
el grande, y el pequeño
à ver si nos distinguen

en algun privilegio,
ó en estando dormidos,
ó despues de que muertos
paguèmos el tributo,
que todos lo debemos.
Muchacho ven aprisa
que ya me considero
mui cercano á la muerte,
pues se escurre el pellejo,
que en su entraña tenia,
aquel licòr tan bello.
Hincheme tu la copa,
pues veo es el postrero,
que me darà alegria,
y tendido en el suelo
lo apuraré entre tanto,
que por mas vas à el Pueblo.

CANTILENA IV.

AHora que solo estoi
es bien que contemplemos,
ó las estrellas puras,
ó los claros luceros,
que en las oscuras noches
por nuestros ojos vemos,
pues en ellas se esmeran

en dar su lucimiento,
el que la hermosa Luna
les quita por su aumento.

Ahora es razón que diga
verdades con acierto,
pues ni la gaita toco,
ni el vino yo lo bebo,
que eran cosas, que ambas
me quitaban el seso.

Mi muchacho se ha ido
à el Lugar por sustento,
y si vino me trae
catalo descompuesto,
pues el seso me quito,
y me tiendo en el suelo
à hablar mil desatinos
con que les doi contento
à todos, los que escuchan
semejantes denuedos,
y por esto queria
el tiempo aprovechemos
en contemplar la Luna,
las estrellas, y el Cielo.

La Luna me parece



un grandisimo queso,
como los que yo hago
quando á mi hato ordeño.
En la fiesta pasada,
estando yo en el Pueblo,
escuchè hablar á el Cura
de aquestos argumentos
con un Escolarón,
que à mi ver no era lerdo:
dixo mil sutilezas,
y quando mas atento
yo lo estaba escuchando,
oí decir que era cierto
de que hai montes, y valles,
rios, mares, y yermos,
animales, y plantas
en la Luna; y á esto
el Escolar decia
sonriendose: bueno.
Y por fin acabaron
con decir, que à lo menos
era la clara Luna,
un yo no sé que fuego,
que ellos allí nombraron,
y como no lo entiendo
pronto se me olvidaron
todos sus embelecos.

Es-

Esto es lo que sucede,
à el que con vano empeño
habla de lo que ignora
sin modo, y sin concierto.

A mi me parecía
quando la estaba viendo,
que nada de eso havia,
y solo lo que observo
es à modo de manchas,
que ocupaban su centro;
mas lo que me admiraba
eran muchos luceros,
que á el rededór andaban,
y se via entre ellos
que se esmeraban unos
en dar su lucimiento:
otros tan apagados
que parecian muertos,
de donde yo concluyo,
que tambien en el Cielo
junto á la clara Luna
hai su mas, y su menos.

CANTILENA V.

LEvantareme un rato,
y el camino veremos
à ver si mi muchacho
viene por èl contento.
Yo de aquí no diviso,
sino aquel blanco cerro,
que con la Luna clara
resplandece, y por cierto
que, el que pronto lo vea
le parèsca un gran fuego;
mas si lo reflexina
verá no es nada de eso,
sino la blanca nieve,
que embia los reflexos,
que admite de la Luna,
y como aquì tenemos
de todos estos campos
tanto conocimiento,
no dá ocasion á que
prontos nos engañemos.
Mas aquí hè contemplado
una cosa, y es esto:
la nieve necesita
del Sol, y no del yelo,

que la Luna le induce,
y asi, reconociendo
que de sus resplandores
carece el pasagero,
los embia galante,
y alumbran los senderos.
Una leccion podian
ver los ricos en esto,
para dar á el que es pobre,
lo que le sobra à ellos.

CANTILENA VI.

EN estas soledades
yo solo me entretengo
cultivando las tierras,
que me dan el sustento.

Todas las estaciones
son para mi recreo:
ya el caluroso Estío,
ó el erizado Invierno
me ofrecen á la vista
agradables obgetos.
En el Verano castro
mis colmenas, y ordeño
las cabras, que en herencia

de mis padres poseo.
Me entretiene la abeja,
que en el Verano nuevo
fabrica sus panales
de tomillos amenos:
ó yà estoi divertido
viendo con el aséo,
que fabrican sus casas
con el dulce excremento.
A una parte registro
los enjambres tremendos,
que las celdillas hinchen
del licor dulce, y bello.
En otra con cuidado
miro; callo, y observo
qual transportan las cargas,
que las otras traxeron:
y en la otra se ofrece
un admirable exemplo,
pues todas hacen guerra
á el zangano, que necio
no hace mas que estorvarles,
y es de ningun provecho.

En este tiempo buela
por los floridos cerros
un dulce olor, que encanta

à todo el pasagero.
Con esto divertido
paso, vivo, y me huelgo,
sinque el avàro hado
me quite estos consuelos.

CANTILENA VII.

NO hai dicha que no goze
en aqueste destierro,
ya observando las plantas,
ó ya mirando atento
las obras de los brutos,
que en perfeccion entiendo
algunas se aventajan,
à las que el arte hà hecho.
Yo cuidadoso de ellas
tomo, lo que aprehendo
me servirà algun dia
de pauta, y de modelo,
para que mis acciones
tengan buen paradero;
pero aunque yo conosco
este tan fiel exemplo
todo lo olvido, quando
à el pellejo me acerco,
saco mi limpia tasa,

lo desato, y la lleno,
y despues de que admiro
lo cristalino, y bello,
sin decir nada á nadie
con gozo me la bebo;
mas yà que ahora me miro
sin vino, aprovechemos
estos cortos instantes
en hablar con concierto.

Allí veo à la hormiga,
que temiendo el Invierno,
aquel montón de trigo
yá lo vá consumiendo,
y en su cueva lo esconde,
para tener sustento;
mas por aquella senda
un esquadron, mas negro
que la endrina, camina
llevando con anhelo
cada una su grano,
que con maña cogieron.
Unas dan prisa à otras,
y à la que por el peso
oprimida se halla
le alivian, y con esto
oficiosas caminan,

para en llegando el tiempo,
que los yelos les cierren
sus chicos agujeros
no perescan de hambre
por darse al ocio tierno.
Entre tanto el camino,
que entre la yerva hicieron
por no ser descubiertas
demasiado estrecho,
anda con el trabajo
caliente, y lisonjero.

CANTILENA VIII.

QUando á mi viña voi
llamo à los Zagalajos,
y les mando que saquen
de entre pampanos tiernos
los maduros racimos,
que para gusto tengo.
Ellos con mi presencia
caminan mui ligeros,
y toman las canastas,
ó los concabos cestos,
los que à el instante traen
con los racimos llenos;
despues llamo mas gente,

y la vendimia ordeno,
ajustando salarios
con el fiel jornalero:
todos con fiesta marchan
á la viña, y su cerco
pronto se vé ocupado
con dos mil muchachuelos.
Unos piden un gajo,
otros, aun mas atentos
acia mí se encaminan,
suplicando con ruegos
les permita que entren
por la uba, que el diestro
cogedor, por no verla
se dexó en el sarmiento.
Otro mas cuidadoso
en sus festivos juegos
corre tras las Abispas,
las coge en el pañuelo,
y despues que le quita
el aguijon perverso,
le clava un papelillo,
y dexa de que el viento
la saque de su mano,
y ella tome su buelo.
Con este regocijo
no hace caso de aquellos

que de la dulce uba
sus canastos hincheron.

Los jornaleros marchan
à el lagar con los cestos
rebosando con ubas;
las buelcan, y poniendo
à un lado sus calzados
brincan con gran contento
estripando racimos,
y en este mismo tiempo
cantan muchas canciones
que bien chicos supieron.
Sus hombros forzejudos
y sus vellosos pechos
yà se ven salpicados
del mosto dulce, y bello.
Este por un conducto,
que en el suelo està hecho
camina à las tinajas
donde en llegando el tiempo
se fermenta, y se hace
dulce como el Falerno,
el que lo voi sacando
con los labrados cuernos,
y dando à los gañanes,
para que estén contentos.

Otras vezes aparto
el mosto mas espeso,
que puesto en la caldera,
y arrimandole fuego
hago sabroso arrope,
del que el Cura, el Barbero,
mis vecinos, y Alcaldes
gozan parte, y con esto
soi bien visto de todos,
quando voi à mi Pueblo.

Esta es la quieta vida,
que en los campos tenemos;
si le agradare à alguno
venga á vivir à ellos.

CANTILENA IX.

QUando registro el dia,
que por los altos cerros
sus luces va enviando,
me levanto contento;
despierto à los zagales,
à que cuiden su apéro;
ellos quasi dormidos
se levantan ligeros,
y cada qual acude

á obrar su ministerio.
Uno con las vacadas
camina à el prado ameno,
y otro và á la zahurda
á recorrer sus puercos,
el que me dà noticia
de haverse quatro muerto.
Yo, que todo lo miro
con poquisimo apègo,
alegre, y religioso
doi mil gracias á el Cielo,
porque quizá pagaron
la pena de su dueño.

Otro que en compañia
junto à mí lo conservo
cuida de mi persona,
y compone el almuerzo;
comemos, y danzamos,
y si hai vino bebemos,
y con esto las horas
se pasan como un viento.

Los bienes de este mundo
siempre los considero
como cosas de humo
que se acaban mui presto:

toda mi dicha fundo
en mirar los dineros
como pronto socorro
para el buen jornalero.
Tener pocos Amigos
y que sean verdaderos,
que como dos, yo logre
no quiero mas contento.
Tener las fuerzas sanas
y saludable el cuerpo;
no conocer malicia,
ni los mejores pleitos,
pues que todos los miro
como enemigos fieros,
y si acaso me ocupan
mis vecinos, ó deudos,
servirlos como à hermanos,
para lograr el Cielo.

Esto es lo que yo alcanzo,
sin mas ciencias, ni enredos
que saber, de que soi
tan mortal como ellos.

CANTILENA X.

LA pacifica vida
es, la que yo apetesco,
y gozandola vivo
entre mansos corderos.
Por la mañana salgo
despues que à todos dexo
en su alegre trabajo,
y acia la selva ordeno,
que mis ganados vayan
à tomar el sustento.
Allí registro à alguno,
que atento và cogiendo
la hermosa violeta,
y à el mismo tiempo veo
qual á el prado hermosea
la variedad de obgetos.
A una parte descubro
un floreciente huerto,
que sus recios capullos
con el calor abrieron.
A otra las espesuras
de los alamos viejos
me convidan descanse
en su recinto ameno.

Acia èl me encamino
à sestear, y en esto
mil paxarillos cantan
que me causan contento.
Un susurro suave
causado por el viento
mueve la antigua hoja
de aquellos robles recios.
El Sol en la espesura
no goza de su imperio,
y solo à el duro Noto
le conocen por dueño.
En descansando marcho
acia los altos cerros,
donde gozo del aire
tan puro como fresco,
y en viendo que la noche
sus sombras và tendiendo
me encamino á mi choza
donde en reposo encuentro
los cansados Zagales,
que se están divirtiendo,
ó yà en decir consejas,
ó en algun leve juego,
con que le dan descanso
à sus vencidos miembros
cenamos, y dormimos

tendidos en el suelo,
hasta que à el otro dia
à el trabajo bolvemos.

CANTILENA XI.

ALgunos dias vamos,
y juntando los perros
de los demás Pastores
hacemos un montéo.
Unos con las cornetas
dán valór á el podenco,
y otros llevan los lazos
para el ligero ciervo.

Quando mas divertidos
estamos, un Conejo
del podenco acosado
miramos que và huyendo:
cada qual se dispone
à darle seguimiento,
mas à todos nos burla
con sus saltos ligeros.
En otra parte llama
el astuto mancebo,
y nos dice hai señales
de los monteses cerdos:

todos con esta nueva
los portillos cogemos;
esperamos un rato,
y su engaño advirtiendo,
tristes nos retiramos
con el calor sedientos,
hasta que el agua pura
nos serena los pechos.

Baxo del alto pino
descansamos, y en esto
la campestre cigarra
resuena por los cerros.
El pintado lagarto,
que entre las zarzas vemos
nos dà indicio que cerca
habita algun conejo;
con esto, presurosos
nuestras redes tendemos,
y armamos gran ruido
con los torcidos cuernos.
El valle se alborota,
y nosotros ligeros
aventamos la caza
acia la red, cogiendo
muchas liebres en ella,
y otros animalejos,

que huyendo de las voces
infelices murieron:
los cogemos, y alzamos
nuestras redes, bolviendo
à el conocido aprisco
á comerlos contentos.

Las Zagalas esperan,
las que los guisan presto,
haciendo una ensalada
de curtidos pimientos,
que en el dornillo puesta
con gran gusto comemos
bebiendo el dulce vino,
que prevenido tengo.

Esto lo repetimos
en oportunos tiempos,
pues de la caza, y pesca
los lances conocemos.

CANTILENA XII.

QUando el lluvioso dia
no permite que armemos
las redes en los campos
con costillas haciendo

unas trampas ligeras
nos divertimos luego.
Armamoslas con trigo,
puestas en el estiercol
y acuden à ellas pronto
gorriones hambrientos,
los que quitando el grano,
y las trampas cayendo,
los cogen entre cuerdas,
sin que les valga el buelo.
Nosotros los quitamos,
y otra vez mui ligeros
las dexamos armadas;
mas en diversos puestos,
para que el ave astuta
no conosca el enredo.

Esto dura hasta tanto
que hacemos algun juego
en que nos divertimos,
sin ningun detrimento.
Tomamos una cuerda,
y damos sus estremos
à dos fuertes gañanes,
los que con grande aliento
à el rededor la buelven
casi tocando à el suelo,

y los demas la saltan
sin pisarla ligeros:
se apresura la cuerda,
y los saltos à un tiempo,
y si alguno la pisa
hai gran fiesta entre ellos.
Las Zagalas se rien,
y el perdidoso lleno
de verguenza, procura
el disculpar su yerro.
En llegando la hora
de merendar, solemos
avisar á la gente
con los concavos cuernos,
y en estando ya juntos
tendemos en el suelo
unas curtidas pieles,
que de mesa, y asiento
há mucho que nos sirven;
y si algun forastero
à la sazón se halla
en nuestra choza, hacemos
que con nosotros coma,
y se siente el primero.

Esta es la cortesia
que los Padres, y Abuelos

enseñada nos tienen
desde muchachos tiernos.
Esto solo se funda
en mirar, que si el tiempo
à semejante estado
nos llevare, querremos
que á nosotros nos traten
con amoroso pecho,
pues nuestro Dios nos dice
en sus santos preceptos;
quiere para tu hermano,
lo que para tí mesmo,
pues la misma medida
te ha de servir que à ellos.

CANTILENA XIII.

NO sé por que los hombres
desean con empeño
el hallarse exaltados
con un brillante empleo:
sea vêrdad que la suerte
que cada qual tenemos
no pueda con sus leyes
el tenernos conentos,
pero à el menos pensaba
aunque rudo, y grosero,

que apetecer con ansia
los honores agenos
era solo este vicio
del vulgo vano, y necio,
mas yá desengañado,
jusgo con mas acierto
pues conozco esta furia
havita con su imperio
en los mas elevados,
y en el que mas de lexos
conoce como sombra
este bien pasagero,
sin que nadie se libre
de sus lazos funestos.

Cada uno imagina
el tener en su cuerpo
un idolo à quien debe
ofrecer los inciensos,
sin conocer que hai
de la especie que ellos
muchos, à quien le tocan
los altos privilegios.
Conocerse à sí mismos
es, lo que todos estos
tienen mas olvidado,
por vanos, y soverbios.

En su pecho atesoran
á la embidia, y á el zelo
contemplando sus males
como bienes eternos.
Nadie se rinde à otro
con corazon cincèro,
pues el engaño, y arte
esconden en su pecho.
La malvada doctrina
del impio Machiabelo,
para alcanzar honores
es solo la que veo.
Quando á la Corte voi
esta practica observo,
pues registro deidades
levantadas del viento.
Con alma generosa
estas artes detesto,
pues mas quiero pobreza
entre estos agrios cerros
que grandezas, y bienes
con tales embelecos.

Dichoso aquel mil veces
que logre estos contentos
apartado del mundo,
y de sus devaneos.

CANTILENA XIV.

MIrando como miro
sin pasion los obgetos
veo, que yo à los ricos
en mil cosas excedo.
Quando el sustento tomo
con aliños groseros,
mas sabroso me sabe,
que los dulces à ellos.
Yace el rico en colchones
de plumas, y en el suelo
es donde yo me acojo
sobre un hàz de centeno.
Yo alegre me levanto;
él, triste, y macilento,
pues sus graves cuidados
le quitaron el sueño.
El rico se defiende
del frio del Invierno
con tapices, y paños,
y vestidos mui gruesos:
y yo en los frios montes
con menos ropa que ellos,
(pues que solo me abriga
la piel de algun borrego,)

siendo yà un pobre anciano
hago burla del yelo.

El rico se està ocioso,
y el pobre à el mismo tiempo
el sudór està echando,
por ganar el sustento:
mas reparo una cosa,
que este està mui risueño
cantando, y chanceando
con qualquier compañero;
y aquel mui pensativo
le oprimen mil desvelos:
de modo que esto visto
con mi sér me contento,
pues la fortuna humilde
es la que yo apetesco.

Finalmente á los ricos
como torres contemplo,
à quien el fuerte rayo
las derriva soverbio;
mas el humilde hombre
como choza en el suelo
es luego perdonado
de su golpe violento.

?Etos son los placeres
del Mundo? ¿Esto es lo bueno?
Pues yo con verdad pura
renuncio sus contentos.
La hiel, y la tristeza
tienen aquí aposento,
y por ella se afanan
estos hombres tan necios.
Ridiculeces llamo
à este encanto alagúeño,
en que los mas mortales
sepultados los veo.

CANTILENA XV.

DEmocrito, aquel Sabio
que conoció discreto
las grandes vanidades
del mundo, y sus enredos,
no hizo mas que reirse
de sus locos conceptos.
Eraclito lloraba
por esa causa, viendo
mas digno era de llanto
el sistema perverso,
que los hombres abrasan
que de risa, y contento.

No sé qual de los dos
acertaba, mas pienso
olvidarme del llanto,
é imitar à el primero.

De risa yo me caigo:
contenerme no puedo
à el ver ciertas figuras
de la moda, y del tiempo.
Allí aparece uno
de vanidades lleno,
los ojos orgullosos,
y el semblante severo,
que en el trage aventaja
à el opulento Creso,
y apurado quien sea,
mui por menor sabemos
no tener mas nobleza,
que la que dá el dinero.
Otro mas presumido
que Narciso, está atento
à ver su hermosa forma
en la sombra del cuerpo.
Acia otra parte marcho,
donde à millares veo
muchas transformaciones
que causan enbeleso,

muchos profanos trages,
mucha moda, y aséo;
mas la propria limpieza
tienen de entendimiento:
y el que mas presumido
se presenta, y mas necio
es, quien las atenciones
se lleva del congreso.
¡Quanta locura admiro!
¡Quanta soverbia observo!
¡Quantas hermosas caras!
Mas sin ningun cerebro.
Con esto yo me río,
pues que llorar no quiero,
y digan lo que gusten
los criticos sevéros.

CANTILENA XVI.

QUe de verdades digo!
No conosco por cierto,
quien me pone en la mente
pensamientos tan bellos.
Mas para que me canso,
si es gritar en desierto,
pues los montes y valles
solo presentes tengo;

pero de qualquier modo
con hablar me divierto,
aunque nada mas logre,
que gastar bien el tiempo.

Muchas veces admiro
á ciertos hombrezuelos,
que à levantar figura
se reduce su empeño:
estos para exaltarse
suelen usar los medios
mas infames y baxos,
que conocer podemos,
y tal véz han logrado
su acomodo, mas luego
han dado una caída
con evidenre riesgo.

Ellos, quando se miran
en elevado puesto
se olvidan de su esencia,
y de su nacimiento.
Suèñan ser poderosos,
y que todo el imperio
en su mano lo tienen,
para qualquier intento.
Procuran estirarse,

y hablar mui recio y hueco,
para que el ignorante
le rinda mil obsequios.
Yo como los conozco,
sus idéas desprecio,
y con solo reirme
burlo su atrevimiento:
y quando mas felices
se jusgan estos necios,
abátidos se encuentran
sin honra y sin provecho,
pues su fortuna ha sido
como el humo, que el viento,
quando lo vé mas alto,
lo desvanece luego;
ó como flor hermosa,
à quien el Sol, y el yelo
en un instante apágan
su resplandor primero,
sin que dexen señales,
que muestren, lo que fueron.

CANTILENA XVII.

ESte trato tau doble,
que en el mundo yo vèo,

me induce à que le tenga
grande aborrecimiento.
Quatro ovejas, y bueyes,
que tranquílo poséo
mas dichoso me hacen,
que Alexandro el guerrero.
Indiferente miro
los placères mas bellos,
pues conosco son dichas
en amargo destierro.
Ynsensible me hago
à el sutil embeleso,
que en los sentidos causan
los ayres lisongéros.
¿Mas quien de Pastor tosco,
me há llevdo en un buelo
à Censór de los vicios,
que de continuo observo?
¿Quien me manda que ladre,
qual otro Can Cervero
à la mentira infame,
y á el loco devanéo?
Puede ser que algun Numen
alumbre à mi cerebro,
y que ponga en mi lengua
las verdades en verso:
pero mejor quisiera

me alumbrarà el pellejo,
que sin gota de vino
yace allì en el apèro.
Mi muchacho no viene,
y de pena estoi muerto,
pues el vino me falta,
y con el, el contento.
Subireme en un alto,
y la vista tendiendo,
veré si lo descubro,
para tener sosiego.
A lo lexos diviso
mucha gente del Pueblo,
que á solozar se vienen
por los floridos cerros:
puede ser que camine
acompañado de ellos;
y entre tanto que llegan
en el hato esperèmos.

CANTILENA XVIII.

¿No te dixe muchacho,
que te bolvieras presto?
¡Ciertamente que cumples,
lo que manda tu Dueño!

Dime donde has estado,
y en que has gastado el tiempo,
pues hace mas de un siglo,
que te fuistes à el Pueblo.
Tu sin duda havràs visto
a tus Padres, y Abuelos;
que con tiernos abrazos
derretido te han puesto.
¿Es verdad lo que digo?
Pero segun lo pienso,
yo lo mismo me hiciera
si fuera muchachuelo.

Quita la carga á el burro,
y ponme aquí ese cuero,
que con su larga ausencia
se me acabó el contento.
Alcanzame la copa;
lavala con aséo,
y llenala de vino,
para que lo probemos.
¡Que transparente, y claro!
¡Que oloroso, y que bello!
Ciertamente que puede
resucitar à un muerto.

Pon el seròn y albarda

en su sitio, y en medio
de esta parva ya seca
nuestro rancho armaremos,
donde refresque el aire
el vino del pellejo.
Andavete à la choza,
y baxa del humero
los tasajos que quieras,
para que merendemos.
¡Que delicia tan grande!
¡Que bienes tan completos
estamos desfrutando
solos entre estos cerros!
Hincheme, pues la copa
del licorcillo nuevo,
que es razón que ahora beba,
pues ha mucho no bebo,
y despues que comamos
un rato danzaremos
a celebrar las glorias,
que el campo està ofreciendo.

FIN.

